

LA MADRE QUÍMICA

Antonio Bódalo

Universidad de Murcia

Siempre he estado convencido que pretender descifrar el pasado desde la perspectiva del presente, con seguridad que aquel aparecerá deformado, los datos y cifras serán erróneos y, desde luego, en nada se parecerá al que sus protagonistas vivieron. A ello debe adicionarse que cada protagonista desde sus propias convicciones ideológicas y morales, verá cada uno de los hitos desde un prisma y horizonte distintos.

Por tanto, debo adelantar y dejar establecido, que lo aquí expuesto es absolutamente subjetivo y que no ha sido articulado con base metodológica alguna. Simplemente, es un repaso mental del que suscribe, de un horizonte de 50 años, que igual que para el profesor y amigo Victorino Polo, para mi también se cumplen dentro de escasos meses de mi llegada a morar definitivamente en esta hermosa tierra, salvo escapadas temporales, tomando como base el devenir de la Facultad de Química en este tiempo.

Tal vez debiera reseñar, en aras de ser objetivo, que mi llegada a la Facultad de Ciencias de la Universidad de Murcia, que entonces así se llamaba, para cursar el primer curso selectivo en Octubre de 1957 fue absolutamente involuntario y obligado por la carencia económica familiar. Mi padre, Maestro Nacional en el pueblo de Nerpio (Albacete), había afrontado la obligación de enviarme a Granada para estudiar Medicina, junto a mis primos Ángel y Roberto que ya estudiaban sus carreras en

aquella entonces mítica Universidad; mítica por lo menos para mi, que había crecido oyendo los veranos en la Sierra de Nerpio las descripciones que de Granada y su Alhambra, a modo de cuentos, nos hacía otro primo, Pepe Rueda, catedrático que fue del Instituto Saavedra Fajardo de Murcia, y que antes había realizado allí sus estudios de Derecho. Leídos después por mi cuenta, yo creo que se inspiraba en los Cuentos de la Alhambra de Washington Irving.

Pues bien, en aquellas fechas de 1957, mi padre desde Nerpio pidió traslado y le fue adjudicada escuela en el Javalí Nuevo, y nada más cierto que adjudicada porque aquella escuela, como otras muchas a lo largo de todo el territorio español entonces, era una cámara en un primer piso a teja vana, con 84 chiquillos de todos los grados de ignorancias. La calle, como todas las del pueblo, era polvo en la sequía y barrizal en las escasas lluvias, menos mal.

Mi alternativa, entonces, era elegir, a instancias del paternal requerimiento, entre la amplia panoplia de estudios universitarios entonces existentes en Murcia, gracias a las generosas gestiones que en aquellos tiempos se hacían desde el rectorado para que ni uno más aquí se implantara. Estos eran, Derecho, Filosofía y Letras y Químicas. Mi opción estuvo clara, Químicas (me movía mejor en las ciencias), no me he arrepentido de ello, pero se me debe permitir que alguna vez dudara de esta elección casi forzada y soñara viéndome en el foro de debate de un juicio o entregado a las más altas elucubraciones poéticas, que también siempre me han atraído.

En mi condición de inmigrante ya integrado, en vicisitud paralela a la de mi amigo Victorino, su padre también Maestro recaló entonces por aquellas fechas en Molina de Segura, y de militante murciano, dando testimonio por donde me he movido y por donde he estado, voy a intentar dar una visión de la entonces Facultad de Ciencias (con solo Químicas), intentando dar respuesta al título de mi intervención, "La Madre Química".

La Facultad era entonces un ente difícil de describir desde esta perspectiva personal; peculiar pero al mismo entrañable, que rebuscando en mi mente la encuentro definida, porque así la llamábamos muchos, como el "Colegio de Don Antonio", Soler Martínez se entiende, y que no se mal interprete como falta de respeto hacia aquel emérito profesor, ni mucho menos.

Piénsese que entonces Letras era el feudo de Don Luciano y Derecho de Don Manuel Vatlle.

El hecho es que Don Antonio Soler era el factotum de aquella institución, aparte de un potente escollo a superar, porque reinaba en la Física de 1° y en las dos Químicas Orgánicas, claves para poder terminar la carrera recitando los 30 procedimientos de obtención de aminas, o cualquier otro grupo funcional.

Pero es que Don Antonio Soler era mucho más que eso, administraba la Facultad como Decano, nos conocía y nos tenía fichados a todos en la memoria de su prodigiosa cabeza, sabía con que chica salíamos o aspirábamos salir, superando incluso a su cuñada Isabel nuestra bibliotecaria, y conocía nuestros chatos en el Yerbero, el Cerezo y el Jesuso. Siempre con la mejor intención, es cierto, aconsejaba a las chicas si este o aquel mozo les convenía o, por el contrario, si dudaba de que pudiera llegar a ser un hombre de provecho.

La realidad es que el gobierno de aquella Facultad estaba repartido casi a partes iguales entre un "Cuatrumviratum", Don Antonio, Don Vicente (Iranzo), Don Juan (Sancho), y Don Francisco (Sierra), poseedores de las ciencias y de las esencias, respectivamente, de la Químicas, Orgánica, Inorgánica, Química Física y Analítica. Don José Loustau, que todavía estaba en ejercicio y que impartía Biología y Geología de primer curso, era el alma generosa y benefactora, que nos permitía a los de la media standard, los flojos, aprobar alguna de ellas en el primer choque (traumático) que constituía el Selectivo en la Facultad, evitando que huyéramos (supongo que dándonos al monte) en la primera convocatoria, privando así a la Ciencia Mundial de preclaras mentes, las cuales hoy revolucionamos el amplio espectro de las que se llaman "Nuevas Tecnologías".

El primer interrogante que siempre me ha surgido en relación con los contenidos de las titulaciones es. ¿Cómo es posible que con solo las cuatro asignaturas que entonces estudiábamos en cada curso, salieran de allí químicos muy útiles a donde fueran? Es un sofisma, evidentemente sin respuesta, porque si ahora se suelen cursar un promedio de 12 asignaturas por curso, con certeza el grado de alcance del conocimiento debe de ser mucho más alto que cuando la ciencia se estudiaba de forma tan general y rudimentaria. A mí me parece, y lo predico porque formo parte de aquel presente, que entonces se fabri-

caban químicos multiuso, para cualquier ámbito de trabajo, y ahora su direccionamiento es sólo hacia parcelas de la ciencia profunda.

Aquellos años de estudiante, entrábamos en los 60, a pesar de la PAX de la Dictadura con que todavía funcionaba el contexto social que nos alojaba y sostenía, los recuerdo como de bastante inquietud y búsqueda. Las elecciones de Delegado de Curso y de Facultad eran de bastante interés general, buscando quien reunía el mejor perfil para poder llegar hasta aquellas "autoridades", catedráticos, decanos, rectores, y que oyeran nuestras necesidades e incluso inquietudes. De aquella generación José Antonio Lozano se llevaba la palma y cumplía con su papel, hasta el punto que, en conflicto con un profesor, al que no cito, conseguimos que fuera relevado de su tarea en tiempo corto.

Recuérdese que entonces la grey estudiantil estaba tutelada por el SEU en sindicación obligatoria. Pues bien, nuestras inquietudes llegaron en aquellas fechas a querer democratizar el SEU, de manera que el que fuera Delegado de este Distrito Universitario estuviera elegido por los estudiantes.

Para dar fe de aquello citaré una reunión "tolerada-clandestina" de representantes de estudiantes de todo el país en Cuenca, tutelada por el murciano Mariano Nicolás, gobernador entonces de tal provincia y a la que asistimos Antonio Aguilar (q.e.p.d) y yo, que terminó pacíficamente disuelta en la Casa Sindical, a las 12 de la noche, por sugerencia de Don Mariano. La noche de miedo y susto que pasamos ambos, hasta que de madrugada conseguimos tomar un autobús que nos llevó a La Roda, para de allí en tren regresar a Murcia, no se me olvidará jamás. Creo que era el año 1961 y allí se acabó la democratización del SEU que pretendíamos.

Volviendo a la Facultad, aunque no alejados del todo, en breves pinceladas intentaremos perfilar cómo interaccionaba el material docente con el discente, al objeto de acondicionar nuestros cerebros a las disciplinas de la ciencia.

El Profesor Soler Martínez era el conocimiento enciclopédico y utilizaba pizarras múltiples, llenas de fórmulas y dibujos, en el aula que lleva su nombre en el aulario de La Merced, antigua Facultad de Ciencias, hasta que llegó el "Quimilaser", el retroproyector, con el que fue azote de variadas promociones.

Don Juan Sancho, con su pelo tirante al fijador y bata blanca con cinturón, era el exponente de la oratoria asonante gesticular, siempre enfocada a la consideración de los procesos radiactivos. Un día que me sacó a la pizarra para que explicara el Ciclotrón de Lorentz, provocó su sentencia: "Si el Ciclotrón fuera como Usted lo ha descrito, nunca hubiera existido la bomba atómica". Ha sido un fracaso de la humanidad, que mis conocimientos no hubieran sido los auténticos.

Don Vicente Iranzo, con mayor mundología que panel de contenidos, aterrorizaba con una minúscula libreta abecedario negra, en donde cabalísticamente anotaba sus sentencias reprobatorias inapelables. Quien era allí identificado con un grafismo es difícil que no encontrara su solución en el exilio, generalmente entonces a Oviedo.

Don Francisco Sierra, resultaba ser el paradigma de la eficiencia en la docencia. Sus clases, a las 8.30 de la mañana, siempre tenían un preámbulo semejante a "Esperando a Godó". Nunca sabíamos cuando bajaría, vivía en el piso de arriba de la Facultad, cómo llegaría, normalmente con un "cilbidito" andaluz en el oído, y si el contenido de sus explicaciones nos llenaría más de un folio.

Auxiliaban entonces a Don Antonio Soler, Eulogio Alcolea y Pepe Martínez Gómez en Física, Ginés Guzmán y Sabater, que entonces regresaba de Bristol, en Química Orgánica, Mari Carmen Bonmatí, que regresaba de Alemania, Antonio Serrano, Paco Cebrián y María Inés, siempre con su look vistoso, entre otros.

Con Don Juan Sancho trabajaban Antonio Serna, Juan Bautista Vidal-Abarca, Pepe Menchón, Pascual Salmerón y los hermanos Pepe y Vicente Almagro.

Colaboraban con Iranzo, Arturo Espinosa y Joaquín Pérez Conesa, el Nene, admiración de las chicas, y con Don Francisco Sierra estaban entonces Don Carlos Abrisqueta, Don Juan Cañabate, Don Ángel Ortuño, Doña Conchita Sánchez-Pedreño y un sacerdote, del que no recuerdo su nombre. Las marchas analíticas de aniones y de cationes constituían la estrella de aquella importante materia.

De Don José Loustau, ya hemos comentado su rasgo fundamental, un alma comprensiva y además sabia. Le auxiliaba en sus tareas D. José Andreu, sacerdote ya muy anciano que



nos explicaba cristalografía, y al que se debe la magnífica colección de insectos, sobre todo coleópteros, con sede en la Facultad de Biología, que heredó el Departamento de Fisiología Vegetal cuando de él se hizo cargo Don Francisco Sabater y que, gracias a ello, y a la amorosa atención de Don Miguel del Baño, aunque algunos conjuntos ya se habían estropeado, ha llegado hasta nosotros el grueso de la misma que merece visitar. Todavía muy joven comenzaba sus actividades en esta cátedra nuestra compañera Consuelo Pérez Sánchez.

El elenco profesoral se completaba con Don Antonio León, que nos daba Matemáticas, Don Arturo Rodríguez Suárez (Arrosu), que nos descubría el mundo de la electrónica a través de los equipos que él mismo fabricaba (pHmetros, conductivímetros, células de electrolisis, etc.) y Don Félix Romojaro, con Luis Murcia que nos daba problemas, y que nos explicaba Química Técnica a la hora del sopor de las cuatro de la tarde, era ingeniero de caminos en la Diputación, y fue la semilla que sirvió para que alguno de nosotros, Agustín Miñana y yo mismo, nos dirigiéramos después hacia la Ingeniería Química.

Cerraba la plantilla de profesores, recién incorporado a su cátedra de Química Agrícola, la primera creada en España, Don Octavio Carpena, el cual, aprovechando la incipiente infraestructura del CEBAS-IOATS, que estos días se recuerda su fundación, bajo los auspicios de Don Antonio Reverte Moreno en su presidencia de la Diputación Provincial, montó la Especialidad de Química Agrícola, en 5º Curso de la Licenciatura en Química, que bastantes de nosotros, fechas de los años 60, cursamos. Esta Especialidad ampliada, se ha mantenido hasta fechas recientes en que se creó la Titulación de Tecnología de Alimentos, de la que fue la madre y precursora, siendo ésta una más de la titulaciones hijas de la Facultad de Ciencias (Químicas), institución a la que por este aporte, ampliado a la creación de otras titulaciones, que ya comentaremos, le hemos llamada "La Madre Química" en esta intervención.

Éramos pocos, nos conocíamos todos y el ambiente entonces en la Facultad era de la máxima camaradería. En su patio, casi de forma permanente había un partido de fútbol, unos se marchaban y otros se iban incorporando. Este ejercicio deportivo yo creo que estaba más relacionado con nuestra exhibición ante las chicas de Letras que entraban y salían, que por el

“mens sana in corpore sano”. El partido estaba encabezado por nuestro excesivamente pronto perdido Antonio Soler (hijo), Rafa Melendreras, Corrochano, Terol, Antonio Fuster (coriolis, por el efecto que le daba al balón), Miñana, Lozano y todo el resto. Hace unos días me decía Manolo Nicolás, presente Carmen Alba esposa de Victorino, “como en aquellos laboratorios, con aquellas mesas negras de madera pintadas, no he trabajado en ningún sitio”.

Aquí hay un salto en el tiempo, 1963-68, que no puedo testificar porque, terminada mi carrera de Químico, marché a Madrid para cursar, entre el Instituto de Química Física Rocasolano del CSIC y la Universidad Complutense, el Doctorado en Química Industrial, y posteriormente dos años trabajando en Cremades y Cia. de Molina de Segura.

En aquellas fechas, Antonio Soler (hijo) ocupa la Cátedra de Química Técnica en la Facultad de Química y entonces tomé la decisión, tras su acogida, de dejarme la industria para incorporarme a la docencia universitaria de la Química Técnica, junto con Agustín Miñana, que previamente había comenzado a trabajar con Antonio Soler.

Comienza aquí desde mi perspectiva personal una etapa de distinta naturaleza, en cuanto a que ahora el relator ha pasado de alumno a profesor, cambiando por lo tanto su esencia.

Lo primero que reseñaré, es la fuerte dinámica que Antonio Soler Andrés le imprime al escaso personal con que arranca, que en poco tiempo con escasos medios e infraestructura ya estaba poniendo en marcha una primera tanda de tesis doctorales, incluida la de Agustín Miñana; José Luis Gómez, Pepe Ruiz, Pepe Sáez y Enrique Nicolás, después, Manolo Rubio, Demetrio Gómez, Elisa Gómez, Antonio L. Cabanes, Gloria Villora, y otros cuantos que comenzaron y muy pronto encontraron trabajo y se fueron a la industria.

Se pone en marcha el laboratorio de la planta baja del aula de La Merced, se habilitan dos “laboratorios” en el sótano de la Facultad y se montan prácticas, se cubre el porche para hacer una planta piloto y despachos en el altillo y se pone en marcha la primera especialización de la Química Técnica, que se llamó con mucha imaginación “Minerome-talúrgica”, dado que todavía Murcia tenía un fuerte potencial en esta área, Portmán con Peñarroya y el lavadero Roberto, Santa Lucía y

sus fundiciones, Española del Zinc, recién inaugurada, con La Unión y toda su Sierra Minera. Algunos de aquellos graduados fueron a Huelva, Rio Tinto y Aznalcollar, centros productivos también hoy decaídos.

La Facultad en su conjunto sigue avanzando. Se ha creado el IOATS-CEBAS, al que la Facultad aporta su primer personal, drenando sus cuadros, nuevamente ejerciendo de Madre (D. Carlos Abrisqueta, D. Ángel Ortuño, D. Ginés Guzmán y un largo etcétera), ampliada su acción en este caso porque también hacia allá se marchó otro grupo que dirigido por D. Antonio Soler realizaba análisis y asesoramiento técnico a la Asociación de Conserveros, ente que se ha mantenido hasta la actualidad, transformado ahora en Centro Tecnológico de la Conserva.

En los años finales de la década de los 60 también la Facultad de Química hizo otra de sus aportaciones. Habiéndose decidido y aprobado la creación de una Facultad de Medicina, era necesario cubrir la docencia de arranque, que comenzó impartiendo las clases en el salón de actos del antiguo Hospital Provincial de la orilla del río, hoy desaparecido como otros muchos testimonios murcianos del pasado presente y remoto. Pues bien allí la Facultad se aprestó a cumplir con su misión; la Física la dimos durante dos años Antonio Serna y yo, cada uno a un grupo, y las Químicas y Matemáticas para médicos otros compañeros que ahora no recuerdo sus nombres.

La década de los 70 queda marcada en la Facultad por la renovación de los planes de estudio, implantando las asignaturas cuatrimestrales y consolidando ya en los cursos 4º y 5º las Especialidades de Química Agrícola, Química Técnica y Química Fundamental. Este Plan dura hasta el año 1977 en donde nuevamente se vuelve a las asignaturas anuales y a las especialidades anteriores se suma ahora la de Bioquímica, materia que va tomando cuerpo, y a la especialidad Química Técnica se le comienza a denominar Química Industrial.

A mitad de los 70 la Facultad vuelve a actuar de Madre, aportando los medios y adoptando en su seno las Licenciaturas en Biología y Matemáticas, aportando el profesorado ya existente en dichas áreas, y ensanchando y este Centro, no se como, para dar cobijo a los profesores que fueron viniendo: de Ecología, Microbiología, Topología, Álgebra, Zoología, etc., etc.

Algún año antes que la Facultad de Química, que lo hizo en el año 1988, se trasladó al Campus de Espinardo la Facultad de Biología, y al mismo tiempo se ubicó la Facultad de Matemáticas en su emplazamiento actual, junto al edificio que se llama Aulario Blanco.

Muy pronto, también, año 1992, la Facultad de Química acoge en su seno a los estudios de Óptica y Optometría, hoy en vías de segregación, y a los de Bioquímica por transformación de lo que era la Especialidad. Todo ello, lo anterior, y lo venidero, creo, en detrimento del núcleo de la Química Básica o Fundamental, como quiera llamársele, que ha visto paulatinamente disminuir su alumnado hasta cifras que hoy empiezan a ser alarmantes.

El altruismo sempiterno de este Centro no acaba ahí puesto que dentro de él han vuelto a generarse todavía nuevas titulaciones, en el año 1995 la de Ingeniero Químico, por transformación de la Especialidad Industrial, y más recientemente, en 1999, los estudios de Licenciado en Física.

Acabo ensalzando a este Centro, que fue Facultad de Ciencias (Sección de Químicas) y después Facultad de Química, porque, como antes apuntábamos, e igual que la Matrona del Almudí, que representa a Murcia, ha amamantado a lo hijos ajenos, aunque por eso mismo también hijos, y ha restringido en buena medida la nutrición a los propios. Pido para ella agradecimiento en un espíritu indeleble que nos ha tutelado durante estos 50 años, y no hay visos de que vaya a dejar de hacerlo ahora y en el futuro.

Si miramos atrás, veremos nuestros padres
Inquietos por los hijos que de su seno afloran
En alerta perenne vigilarán sus pasos,
Y soñarán.
Que entre verdes riveras cruzaban ciertos vados
De una mejor vida, que ellos nunca tuvieron.

Alano

15 de Marzo de 2007